NECESIDAD DE SAN JOSÉ HOY

Hno. Dr. Alexandre José Rocha de Hollanda Cavalcanti

Introducción

La figura de San José es todavía poco conocida, así como al inicio de la Iglesia era poco conocida la grandeza de la Santísima Virgen María. Sin embargo, es posible notar un creciente deseo de profundizar en el conocimiento de este hombre que fue elegido por Dios para ser el guardián y protector de Jesús, el patrono de la Iglesia y modelo de castidad y de fuerza. Un hombre capaz de custodiar al propio Hijo de Dios, un alma de fuego ardiente, que era al mismo tiempo contemplativo, hombre de acción y lleno de cariño.

Tercer hijo de seis hermanos, José fue hijo de Jacob, como nos indica el Evangelio de San Mateo. Era descendiente de la más importante dinastía que la humanidad ya conoció, de la cual nacería el propio hijo de Dios: la Casa de David.

San José era primo de María Santísima y era el legítimo heredero del Reino de David. Fue predestinado para su misión, santificado antes de nacer, confirmado en la gracia para nunca pecar, como decía san Agustín: «es un varón lleno de todas las ciencias humanas y divinas». A él obedecían la Virgen María y el propio Verbo de Dios encarnado¹.

No hubo otro hombre más santo que San José. Francisco Suárez sustenta que San José es el mayor Santo de toda la historia, dotado de una vocación más alta que la de los Apóstoles y del propio san Juan Bautista, por estar íntimamente unido a la Persona y misión de Nuestro Señor Jesucristo, participando, junto con la Virgen María, en el cumplimiento de la misión redentora del Señor.

Existe una diferencia esencial entre la participación de María y la de san José en nuestra salvación: de María ha dependido la realización del plan salvífico de Dios, de José ha dependido que este plan se realizase del modo como Dios lo había deseado. Para ser más específico: del «sí» de María ha dependido la Encarnación del Verbo, inicio de todo el proceso salvífico de la humanidad. Del «sí» de San José ha dependido que la vida y la misión de Jesús se desarrollasen de la manera deseada por el Padre.

De esta relación de san José con nuestro Salvador y con su Madre Santísima florecen todos los privilegios de este gran santo. Efectivamente, como enseña santo Tomás de Aquino, Dios confiere las gracias y cualidades en la medida de la dignidad y de la misión a la que destina el individuo. Elegido para ser esposo de María, san José debería estar a su altura. Este es el principio básico del conocimiento de la persona de San José.

¹ Cf. ORTIZ CANTERO, Joseph. *Directorio catequístico. Glossa universal de la doctrina christiana*, Tomo I. Madrid: 1727, pp. 94-95.

1. La elección de san José

Las Sagradas Escrituras no relatan la elección de san José como esposo de María. En aquella época normalmente era la familia quien decidía el matrimonio de sus hijos. En el caso de la Santísima Virgen, destinada a hacer parte de la «familia divina», ¿quién decidiría su destino matrimonial? ¿Sus padres terrenos, o su Padre celestial?

Antes de todos los siglos el Señor ya había elegido el varón que debería ser el guardián de su Hijo Santísimo. El raciocinio es muy claro y evidente: al decidir la encarnación de su Hijo, Dios ha elegido la mujer que sería su Madre y el varón a quien confiaría sus más preciosos tesoros: su Hijo eterno y la Madre elegida.

Entre las fuentes *extrabíblicas* que tratan del tema, se destacan algunos libros conocidos desde los inicios de la Iglesia, que cuentan la elección del esposo de María. Son llamados «libros apócrifos» pues el Magisterio, tomándolos como testigos de la tradición, que nos permiten comprender la fe de la Iglesia primitiva, no reconoce en ellos la Revelación divina. Entre éstos se destacan el *Evangelio de la Natividad de María* y el *Protoevangelio de Santiago*.

Según estos textos, a los tres años de edad la Virgen María fue llevada al Templo en cumplimiento de la promesa hecha por sus padres san Joaquín y santa Ana, quedándose ahí por diez años estudiando las Sagradas Escrituras y trabajando en el servicio litúrgico. Al llegar a los doce años de edad los sacerdotes discuten sobre el futuro de María y reconociendo un designio divino sobre ella deciden consultar a Dios para conocer su voluntad.

Aquí los textos *extrabíblicos* presentan versiones diferentes sobre la elección del esposo, pero todos están de acuerdo en un punto esencial: Este enlace fue decidido directamente por Dios.

El citado *Protoevangelio de Santiago*, para intentar explicar la presencia en las Escrituras de los llamados «hermanos de Jesús», afirma que fueron convocados los viudos de la casa de David para que el Señor indicara cuál de ellos sería el elegido. Cada uno tenía su bastón y cuando el sacerdote tomó el bastón de José, salió de él una paloma y se puso a volar alrededor de su cabeza. María es así confiada a un hombre justo, indicado por Dios, capaz de proteger su perpetua virginidad.

Este detalle de que san José sería viudo fue contestado por san Jerónimo, causando el rechazo de este apócrifo². Los llamados «hermanos de Jesús» no eran hijos de san José, sino primos de Jesús, como era costumbre llamarse en la época.

Los demás relatos dicen que fueron convocados los jóvenes descendientes de David en el Templo y los sacerdotes hicieron una oración pidiendo a Dios que

² *In cap. 12 Matth.* En: ALASTRUEY, Gregorio. *Tratado de la Virgen Santísima*. Madrid: BAC, 1961, p. 470.

indicase, entre ellos, el elegido. Según algunos autores, san José tenía alrededor de 28 años en este momento. Todos tenían una vara en la mano, y aquel a quien la vara floreciese, debería desposar a la Virgen. En este momento, un bello lirio brotó en la vara de san José, indicando ser él el esposo ideal para la Madre de Dios. Esta versión es mucho más aceptada, puesto que debería haber una paridad entre los dos. Dios elegiría para casarse con María un hombre que estuviera a la altura de su santidad y elección.

2. ¿San José tenía pecado original?

La paridad entre los esposos y la necesaria excelencia que convendría revestir a aquel que sería el esposo de la Virgen Santísima y padre jurídico del Salvador, ha levantado, desde hace muchos siglos, una intrigante cuestión: ¿No sería san José, también él, concebido en gracia de Dios, exento de pecado original?

En relación a la Virgen María, después de 19 siglos de discusiones, fue proclamado el Dogma de la Inmaculada Concepción, determinando que Dios la preservó del pecado original. El Papa Juan Pablo II explica que esta exención incluye la inmunidad de toda consecuencia del pecado y, por tanto, la santidad perfecta de María e, incluso, la exención de los movimientos desordenados de la concupiscencia, que proceden del pecado (Dz 1515)³, lo que la teología escolástica denomina *fomes peccati*, o sea, la inclinación al pecado por el dinamismo de las pasiones que hace con que el apetito sensitivo no esté totalmente sometido a la razón.

En función de esta doctrina de fe, se cuestiona el privilegio equivalente para san José, con tres argumentos principales:

- La unión matrimonial conduce a una vida compartida. ¿Sería conveniente que el varón destinado a compartir su vida con la Inmaculada Virgen María estuviera bajo los efectos y consecuencias del pecado original?
- María es el Paraíso Terrenal del Nuevo Adán, como dice san Luis María Grignon de Montfort. Si en el Paraíso no fue permitido la permanencia de Adán y Eva después del pecado, ¿podría permanecer un hombre tiznado por el pecado en el Paraíso del Nuevo Adán?
- Para unirse en matrimonio con María, san José, elegido desde toda la eternidad para esta misión, debería estar preparado para este cometido y estar a altura de tan gran esposa, siendo elegido para educar, custodiar y proteger al Verbo encarnado, él no podría ser portador del pecado, contaminado por la concupiscencia.

³ Cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 12 de junio de 1966, n. 2.

Por esto afirma el P. Alfonso Salmerón, SJ, que «en él no había ninguna inclinación desordenada de la concupiscencia, para que más dignamente pudiera convivir con su Esposa»⁴.

Por los frutos se conoce el árbol (Mt 12,33). San José es declarado justo. Su entendimiento no comportaba error, su obediencia fue completa, su serenidad delante de las pruebas fue intachable: discernía todas las inspiraciones del Espíritu Santo, destacándose por su fe eminente que lo hacía cumplir todas las indicaciones recibidas del Señor por medio de su Ángel. Su prudencia era perfecta, su humildad, sin par. Estas actitudes indican un dominio sobre su propio ser que caracterizaba el don de la integridad que tenían Adán y Eva en el Paraíso.

El tema todavía amerita mucho estudio y sobre todo la declaración del Magisterio de la Iglesia. Sin duda, la «paridad de José con María» se asemeja a la paridad entre Jesús y María, es decir, no se trata de una igualdad, sino de una analogía. El privilegio de María es único y singular, pero es posible admitir para san José un privilegio semejante, derivado y, por tanto, subordinado al privilegio de María, en virtud de la proporcionalidad que existe entre el Santo Patriarca y su Santísima Esposa, a quien el mismo san José debe la gracia de su justificación, por fuerza de la Mediación Universal de María, como fruto más precioso de las lágrimas de la Santa Madre en unión con la Sangre Redentora de Jesús en el Calvario⁵.

3. El «*fiat*» de San José

La expresión de María «*hágase en mí según tu palabra*» se resume por la palabra *fiat*, en latín. Así, este vocablo representa la aceptación voluntaria a la participación en el plan determinado por Dios.

El Evangelio de san Mateo explica que la Virgen María se hace Madre del Redentor estando ella desposada de un varón de la casa de David, llamado José.

Las palabras del evangelista dan a entender, en una primera interpretación, que la aparición del Ángel se ha dado en el periodo que media entre los esponsales y las nupcias, es decir, antes de que la Virgen María viviera con san José. Sin embargo, la interpretación de tres verbos utilizados por san Mateo conduce algunos exégetas a una interpretación diferente. Según esta postura, habiendo comprendido la decisión de María en permanecer virgen por toda su vida y teniendo, también él, la misma decisión, san José ya vivía con María en el momento de la Anunciación, pero en perfecta virginidad. Las dos hipótesis son aceptadas por la Iglesia. La primera deja más claro la concepción virginal de María y la segunda hace conocer la santidad y la comprensión que san José tenía de la misión de la Virgen a quien había desposado.

⁴ SALMERÓN, Alfonso. *Commentarii in Evangelicam Historiam et in Acta Apostolorum*. Tractatus XXX. Colonia: Antonium Hierat & Toannem Gymnicum, 1602, tomo III, p. 234.

⁵ Cf. CLÁ DIAS, João Sconamiglio. *São José: Quem o conhece?* São Paulo: Lumen Sapientiae, 2017, pp. 38-47.

San Lucas relata que María fue a visitar a santa Isabel y que pasó tres meses en su casa, retornando después del nacimiento del Bautista. Pasados ya casi cuatro meses, las señales del embarazo eran ya evidentes. La fe de san José fue sometida entonces a una gran prueba. ¿Qué había pasado?

Esta perplejidad fue deseada por Dios para quedarse como una prueba sensible de la concepción virginal y milagrosa de Jesús.

Existe una gran discusión sobre la actitud del Santo Patriarca en este momento, pero una precisión de san Mateo excluye cualquier hipótesis que suponga una sospecha por parte de san José. El Evangelio define a José como *justo*. La palabra justo en el contexto bíblico indica la reunión de todas las virtudes; el justo es aquél que cumple la Ley, que no acepta el pecado ni la deshonestidad.

La Ley era muy clara en relación a una joven que presentase pruebas de pérdida de la virginidad antes del matrimonio o de una mujer que cometiese el adulterio. El Deuteronomio (22,20-21) decretaba la muerte por lapidación. Siendo así, encubrir un pecado sería desobedecer a una Ley positiva y a una determinación divina. San Mateo no podría dar a José el apelativo de *justo* y después relatar que él había desobedecido a la Ley. Así, esta *hipótesis de la sospecha* se demuestra totalmente inaceptable del punto de vista bíblico, por faltarle base literaria y teológica.

A pesar de los intentos del demonio en insinuar la duda, san José estaba seguro de la inocencia de su esposa. Él se encontraba delante de un misterio. En su mente resonaban las palabras de Isaías: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14). Mas... si era este el misterio, ¿por qué María no le había contado? ¿Sería él indigno de esta misión? Por algún pecado suyo, ¿había sido excluido del plan divino?

San José fue asaltado por la convicción de no ser digno de permanecer junto a María. Él sabía que no estaba a la altura de asumir una paternidad que pertenecía a Dios. Su temor es un temor ante el misterio. José debería participar del sufrimiento que salvaría a la humanidad y la duda fue su gran prueba. Buscando la mejor solución para esta difícil situación, José decide retirarse en secreto. Se acuesta y duerme profundamente a pesar del conflicto que ensombrecía su alma. Durante el sueño viene la solución comunicada por el Ángel del Señor: José debería aceptar esta paternidad para cumplir el plan divino anunciado por los profetas.

«José, hijo de David — le dijo el Ángel —, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados» (Mt 1,20-21). Ordenando dar el nombre al Niño, Dios concede a José una participación en su paternidad. Estamos delante de una paternidad única e irrepetible. José no será sólo el padre legal, o nutricio, sino que tendrá una paternidad privilegiada que lo introduce no en la generación, sino en el nacimiento de Jesús.

La obediencia inmediata a las palabras del Ángel indica la aceptación total de José al plan divino, aquí su «*fiat*» voluntario le da una participación en este plan. Si José no aceptase la indicación del Ángel, el plan divino podría ser cambiado, pero la redención no dejaría de ejecutarse. Dios desea que José intervenga de una manera positiva en la vida que se está gestando en el seno de su esposa.

Gracias a José, Jesús puede ser llamado plenamente «hijo de David», nombre por el cual Cristo es invocado por personas totalmente ignorantes o ajenas a la fe judaica, como los ciegos (9,27; 20,23), la mujer cananea (15,22) y la gente que presencia la cura del poseído ciego y mudo (12,23).

El Papa Benedicto XVI compara esta paternidad de san José con la paternidad ejercida por los sacerdotes junto al pueblo a ellos confiado. Entre ellos y su pueblo no los une una paternidad física, sino espiritual que deben ejercer con afecto y entrega plena, en la observancia de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia⁶.

4. Modelo de fe

En su vida de contemplación y trabajo san José veía al Niño Jesús crecer delante de sus ojos. Su humilde condición de trabajador manual no le permitía poner en manos de Jesús los elementos para el cumplimiento de su misión. Y pasaban los años en esta vida aparentemente normal, que parecía desmentir lo que él había escuchado del Ángel, que Jesús recibirá el trono de David, salvará a toda la humanidad... Pero los ojos de José no conocerían la realización de estas profecías.

Su fe ya había sido probada al creer ser más fácil una mujer concebir sin varón que María cometer el menor pecado⁷.

Las Sagradas Escrituras no relatan la muerte de san José, pero él es el patrono de la buena muerte pues falleció en los brazos de Jesús y de María. Su fe fue puesta a prueba en aquel último momento: una muerte suave, pero inexplicable para quien deseaba ver la realización de las profecías que escuchara del profeta Simeón: «Este niño está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2,30-35).

El ejemplo de san José es una fuerte invitación para los que vivimos en estos días en que el deseo de una vida mundana parece sofocar las esperanzas de ver cumplidas las palabras de Cristo en el Padre Nuestro: «sea hecha tu voluntad, en la Tierra como en el cielo». Es nuestra misión realizar con fidelidad, modestia y perfección la tarea que la Providencia nos ha asignado.

⁶ Cf. BENEDICTO XVI. *Angelus*. Domingo 19 de marzo de 2006.

⁷ Cf. SUÁREZ, Federico. *José, el esposo de María*. Lisboa: 1986, p. 45.

En los momentos de prueba sepamos mirar a José cuya fe es un faro para iluminar nuestra vida. A él podríamos aplicar las bellas palabras de Francisco Suárez que san Alfonso María de Liguorio eternizó en su libro *Las Glorias de María*:

José veía a Jesús en el establo de Belén y lo creía creador de mundo. Huyó con él de Herodes y no dejaba de creer que era el rey de reyes; lo vio nacer de María y lo creyó eterno; lo vio pobre, necesitado de alimentos, y lo creyó Señor del Universo. Puesto en el heno, lo creyó omnipotente. Observó que no hablaba y creyó que era la sabiduría infinita; lo sentía llorar y creía que era el gozo del Paraíso⁸.

Abandonando esta tierra con el alma llena de fe, este varón de Dios nos aguarda en el cielo para que ahí podamos compartir su gloria junto a Jesucristo, a quien él llamó hijo y que ahora está sentado a la derecha del Padre.

⁸ Cf. DE LIGORIO, Alfonso María. *Las Glorias de María*. Barcelona: 1860, p. 391.